

Homilía para el Miércoles de Ceniza

Iglesia Catedral, 6 de febrero de 2008

Con el Miércoles de Ceniza empezamos el santo tiempo de Cuaresma. Durante los 40 días, que dura este tiempo, queremos prepararnos para la Pascua. Ésa es nuestra meta: resucitar con Cristo y vivir la alegría del encuentro con él. Empezamos este tiempo animados por la Palabra de Dios, que hoy nos invita a volver a Dios y a dejarnos reconciliar por él. Contemplando nuestra meta, que es Jesucristo vivo, nos llena de gozo sentir que Dios es bondadoso y que su misericordia es grande con nosotros. Por eso, empezamos confiados este tiempo de penitencia que nos va a acercar más a Dios y a los hermanos. Entonces, ¿cómo debemos prepararnos a ese encuentro, para resucitar con Cristo y para vivir la alegría de ser hijos de Dios en una comunidad de hermanos y hermanas?

En la primera lectura, el profeta Joel nos advierte que no se trata de rasgar vestidos, sino de rasgar el corazón. Rasgar el corazón es una imagen muy fuerte. Lo primero que nos sugiere esa imagen es que no se trata de desgarrar algo exterior, fácil y rápido, como pueden ser los vestidos. Es muy tentadora la apariencia, porque nos ofrece el recurso ligero de un maquillaje superficial, para aparecer como si todo fuera verdadero. Pero así como es fácil y seductora la apariencia, también es triste y vacía. Todo engaño lleva al derrumbe. Un edificio que no se construye sobre un fundamento sólido se desploma tarde o temprano. Una persona que confía su vida al dinero, al poder y al placer, necesita elevar cada vez más esas dosis de dinero, poder y placer, hasta que una sobredosis la termina rematando. Una comunidad que olvida sus grandes valores humanos y cristianos, se va desintegrando como un tejido viejo. Por eso, el aviso del profeta va hacia lo hondo, hacia las raíces: se trata de rasgar el corazón.

¿Qué quiere decir “rasgar el corazón”? Para comprender la fuerza de esta imagen tenemos que mirar a Jesús crucificado. El impresionante símbolo de La Cruz de los Milagros puede ayudarnos a comprenderlo. En esa cruz, Dios permitió que se rasgara el corazón de Jesús y de él brotara un río de amor y de misericordia por nosotros. Esa es la fuente para comprender el amor de Dios entregado hasta la cruz. Allí no hay apariencia, ni maquillaje, ni engaño, sino la verdad pura de Dios que ama y tiene piedad por su pueblo (cf. *Jl* 2, 18). Después de contemplar el amor de Jesús entregado por mí, ¿cómo puedo seguir resistiéndome y no volver a él de todo corazón? ¿Cómo no dejarnos reconciliar por él?

En este tiempo favorable estamos llamados a rezar más. Por eso, abramos nuestro corazón orando al Padre que está en los cielos. Pero, estemos atentos, para que nuestra oración no se convierta en espectáculo, buscando que los demás nos vean y piensen que somos buenos porque rezamos. “Cuando ustedes oren –dice Jesús– no hagan como los hipócritas; a ellos les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos. Les aseguro que ellos ya tienen su recompensa” (*Mt* 6, 5). ¿En qué consiste esa recompensa? En el efímero aplauso de los que fabrican personajes y luego los destruyen. ¿Vale la pena? Ciertamente, no. En cambio, la verdadera recompensa del que ora con un corazón sincero, consiste en el gozo de vivir en amistad y comunión con Dios, conmovido de asombro por su “corazón rasgado” de amor por todos.

Junto con la oración sincera, Jesús nos invita a practicar el ayuno cuaresmal. Pero el ayuno que agrada a Dios –leemos en la Sagrada Escritura– es “compartir tu pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo y cubrir al que veas desnudo” (cf. *Is* 58, 7). La práctica del ayuno cuaresmal es todo un programa de acción social, que reclama de nuestra sociedad un verdadero compromiso con el bien común. Pero también aquí vale la advertencia de Jesús: “Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan” (*Mt* 6, 16). Es decir, cuando realicen acciones solidarias para el bien de la gente más necesitada, no las conviertan en espectáculo, no las desfiguren con vanos discursos para que se noten más. “Les aseguro –continúa diciendo Jesús– que con eso, ya han recibido su recompensa”. El verdadero ayuno debe “rasgar” nuestro corazón de todo interés calculador y mezquino, y hacerlo sensible al clamor de los pobres; debe hacernos capaces de abrir espacios de diálogo con todos y a todos los niveles, para ayudarnos a generar consensos, a promover justicia en la verdad y buscar la reconciliación y el perdón; a construir unidad en el respeto de las diversidades y a dar esperanza de vida digna y plena para todos.

Por último, Jesús completa el ayuno con la limosna. Para Jesús, la verdadera limosna no es la de aquel rico, que aparenta dar mucho, pero que en realidad da de lo que le sobra. La verdadera limosna es la que dio la viuda pobre del evangelio, que con dos monedas compartió todo lo que tenía (cf. *Lc* 21, 1-2). De esta manera, Jesús nos invita a abrir nuestro corazón ayudando al necesitado, poniendo mucho cuidado en el peligro de mostrarnos que somos buenos porque ayudamos. Por eso, cuando ayudes a un necesitado –dice Jesús– que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu ayuda quede en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (cf. *Mt* 6, 3-4). Y la recompensa de Dios Padre es darnos su alegría, dijo el Papa Benedicto XVI en su mensaje de Cuaresma. Y recordó, además, que Dios nos ofrece, a los pecadores, la posibilidad de ser perdonados. El hecho de compartir con los pobres lo que poseemos nos dispone a recibir ese don.

La Cuaresma, que hoy iniciamos, es “el tiempo favorable” (cf. *2Co* 6, 2) para volver a Dios con todo nuestro corazón y dejar que él perdone nuestras ofensas, como también nosotros estamos dispuestos a perdonar las ofensas que los demás nos hicieron. Caminemos confiados al encuentro con Jesucristo y aprendamos, como buenos discípulos suyos, a tener su mismo corazón para tratar a los demás, y a ser audaces misioneros de su misericordia y su perdón. Que así sea.

Mons. Andrés Stanovnik
Arzobispo de Corrientes